

DIOS ENTRE LOS HOMBRES

Piero Coda

DIOS ENTRE LOS HOMBRES

Breve cristología



Ciudad Nueva

1ª edición: 1993
3ª edición revisada: 2014

Título original:
Dio tra glí uomini
© 1991, Città Nuova Editrice
Via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma
cittanuova.it

Traducción: *Blas Gordo Jiménez*
Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*
Revisión: *Ana Hidalgo, Aurelio Romero*

© 2014, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-306-5
Depósito legal: M-20.397-2014

Imprime: Afanías Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

DONDE CRÍTICA Y FE CONVERGEN EN CRISTO

Italo Alighiero Chiusano

¿Se puede negar que el mundo tiene un hambre desesperada de Cristo? De Jesús no se puede prescindir una vez que uno se ha acercado a Él, aunque solo sea de paso. Para adorarlo como a un dios o para desenmascararlo como a un impostor; para compartirlo como un hermano martirizado o para maldecirlo como el inventor de una ley que nos ha hecho la vida más difícil; para recrearse en Él como la más poética de las fábulas o para diseccionarlo como el enigma histórico número uno. Lo hemos visto también en años recientes, cuando una ópera rock dedicada a Él desencadenó el entusiasmo de medio mundo, cuando el Movimiento de Jesús reunió masas de jóvenes entusiastas hasta el fanatismo, cuando una película sobre las tentaciones de Cristo suscitó mayor indignación aún entre los judíos y musulmanes que entre los cristianos.

Por lo demás, en el ámbito más ortodoxo del catolicismo, también las grandes corrientes colectivas de espiritualidad, como los movimientos eclesiales o el fenómeno cada vez más difundido del voluntariado, tienen su fuente no tanto en el dogma o en la jerarquía o en la misma Divinidad, cuanto en la persona de Cristo. En el predicador o en el taumaturgo de Galilea, en el crucificado o en el resucitado de Jerusalén ven el modelo supremo en el que inspirarse, el maestro en cuya doctrina beber, la Persona divina con la cual mantener un contacto constante y «fraterno» además de filial.

Es obvio que esta ansia, cuando no se queda en la pura veleidat, exige el «cotidiano maná» de la información, del razonamiento lógico-histórico; en resumen, requiere la ayuda del libro. Y aquí comienzan los peligros. Que son muchos: de naturaleza diversa y, a menudo, contraria. Nos podemos encontrar con un tratamiento que haga del agnosticismo o del materialismo un criterio absoluto –en materia de rigidez y de prejuicio– no inferior a la beatería más severa del viejo fanatismo religioso. O –campana antitética, pero tan inadmisibile como la laica tromba que resuena sobre la otra barricada– se puede terminar en una piadosa y servil paráfrasis de cuanto materialmente se encuentra escrito en los Evangelios, donde la historia de Jesús es narrada con los más antiguos ingredientes de una fábula edificante.

Son dos casos extremos ya inusuales sea en uno u otro campo. Sin embargo, son aún numerosos los libros que, equipados con todo un instrumental freudiano y junguiano, con ricas inyecciones de antropología, etnología y ciencias afines, deshacen el rostro de Jesús en una red de arquetipos y de complejos, de clichés culturales y de préstamos, de mitos y de sagas, dejándote después en la mano poco más que una nada iridiscente. Así como todavía nacen, año tras año, lecturas teológicas, quizá más a la última y con un lenguaje de sociología computerizada, que reducen el personaje más fascinante de la historia a un árido cúmulo de abstracciones donde la sangre caliente late menos que en las venas de una serpiente.

Entonces, ¿hay que renunciar? ¿Leer, releer y memorizar solo los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de san Pablo, ojeando fugazmente, a lo sumo, las notas de una edición siempre que sean escuetas y telegráficas? La solución no puede ser esta; es más, de todas las soluciones esta sería la peor. Si la adoptáramos podríamos ser acusados, con razón, como en siglos que lo fueron, de oscurantismo. Por encima de

todo sería la prueba de que nuestra fe es tímida, insegura, que evita el examen y la confrontación.

Me permito citar un caso concreto: el mío. Durante la adolescencia, después de haberme familiarizado con los Evangelios (que continuarán siendo para siempre, también hoy, la lectura primaria), leí tres libros entonces famosos que hablaban de Jesús: la *Historia de Cristo* (1921) de Giovanni Papini, la *Vida de Jesús* (1936) de François Mauriac y la *Vida de Jesucristo* (1941) de Giuseppe Ricciotti. Las dos primeras eran lecturas adaptadas para aquel aspirante a escritor que ya era. Además de pasional e instintivo, bastante ignorante acerca de los problemas históricos y filosóficos, teológicos y arqueológicos que comporta una temática así, pero ya conquistado por el personaje y con debilidad por la historia en general.

Pues bien, Papini encandiló por poco tiempo mi salvaje inexperiencia; después su énfasis barroco me volvió desconfiado y sentí que sus páginas tenían poca sustancia que transmitirme. Mauriac me sedujo con la sutileza francesa de sus introspecciones, ambientaciones y sobrias poetizaciones: pero poco después me dio la impresión, como alguien dijo sin razón de Debussy, de que estaba degustando una deliciosa salsa de liebre, pero sin liebre. El bueno de Ricciotti, por el contrario, ofrecía en verdad poco atractivo literario, su discurso no se elevaba nunca por encima de la pura información. Pero a la larga comprendí que aquel modo suyo de reconstruirme la Palestina de entonces, detalle a detalle, de bosquejar al Cristo concreto palabra a palabra y gesto a gesto, se dirigía no a mi sentimiento (o peor, a mi sentimentalismo) sino a mi inteligencia y a mi sentido crítico: y al final me dejaba un tesoro de adquisiciones tangibles, de precisas comprobaciones de las que, en una segunda fase, se beneficiaban también el corazón y la imaginación.

Desde que aquella tríada escribió sus afortunados libros ha pasado mucho tiempo y se ha ganado en profundización bíbli-

co-evangélica. Hoy en día son otros nuestros profetas e informadores; usan otras metodologías y se sirven de un lenguaje también muy diferente. Pero el lector deseoso de saber bien cómo ha sido esta extrañísima historia del «hijo del carpintero» elevado a *rabbí* de Israel, de descubrir quién era realmente aquel hombre, qué intentos emprendió y cuál fue el núcleo de su obra, aún hoy debe elegir entre sus «Papini» y sus «Ricciotti», es decir, entre los rapsodas (no importa si del panegírico o de la mutilación) por un lado, y los serios (tal vez aburridos) exponentes de hechos e ideas, por otro. De la opción que tomemos, de las preferencias que acordemos depende en gran parte nuestro futuro como creyentes o no creyentes.

Pues bien, no tengo dudas de que quien lea el libro que estoy presentando podrá decir que ha tenido suerte. El autor es de edad no avanzada (nacido en Turín en 1955). Además es de adecuada y «atinada» preparación: doctorado en filosofía en Turín en 1978; en teología, en la Lateranense de Roma en 1984. Sacerdote desde 1982, es consultor teológico de la Conferencia Episcopal Italiana desde 1987 y profesor de teología dogmática en la misma Universidad Lateranense desde 1985. Hecho nada desdeñable, Piero Coda forma parte desde hace años del llamado Movimiento de los Focolares. Los focolarinos, como son llamados comúnmente, en una primera fase parecían privilegiar la santa alegría cristiana, con notas de delicioso infantilismo. Después nos hemos dado cuenta de que era solo una apariencia, un reclamo alentador para los alejados. En realidad bastaba con leer mejor a su fundadora, Chiara Lubich, para comprender que el corazón del Movimiento era Cristo sufriente, Cristo solo, Cristo abandonado, la agonía de Getsemaní y del Calvario. Quedaba aún la duda de que los focolarinos fuesen todo devoción, ascetismo y mística y poca o ninguna cultura. Pero también esto se ha revelado falso. No hay más que leer lo que publica la editorial Città Nuova (de la

que Piero Coda es un autorizado consultor, además de director de colección) para saber que también están comprometidos seriamente en el afán intelectual. En cuanto al mismo Coda, sus publicaciones anteriores lo demuestran claramente. Libros como *L'evento pasquale* (1984), el verdaderamente sorprendente y riquísimo *Il negativo e la Trinità. Ipotesi su Hegel* (1987) y *Dios, libertad del hombre* (1996), nos certifican que estamos ante uno de los talentos más límpidos y originales que actúan hoy en Italia en el campo del pensamiento cristiano.

Y aquí está el carácter peculiar, y para mí muy cautivador, de este *Dios entre los hombres*, con el subtítulo de *Breve cristología*. El libro nace de un curso de lecciones universitarias, y quien sepa acoger el aliento íntimo de un texto, percibirá el tono del lenguaje directo, dirigido a un auditorio al que mira de frente para descubrir sus íntimas reacciones, perplejidades y adhesiones y adaptar a él su discurso. Además (pero esto poquísimos pueden saberlo) Piero Coda tiene el don de la comunicación «a medida». Puede dirigirse a un público de intelectuales y convencerlos a su mismo nivel; puede hacer una predicación a niños y conquistarlos con las verdades más altas de la fe expuestas de manera apropiada.

Así es como Coda, con andadura casi narrativa o dramática, nos introduce en la extraordinaria aventura de Cristo y su progresiva revelación a través de las páginas de los Evangelios, la doctrina y lo «vivido» del Jesús histórico, el testimonio de sus apóstoles tras la Pascua de muerte y resurrección y la elaboración doctrinal de la Iglesia sobre todo en los primeros tiempos de la edad apostólica, cuando se sentaron las bases de nuestro credo. Como viejo pecador literario, siento en este límpidísimo discurso de Coda, como ya lo he referido, no solo el ritmo de la narrativa (una novela histórica y realista) o del drama (¿qué Sagrada representación medieval, qué tragedia de Shakespeare puede resistir la comparación con el aconteci-

miento evangélico?), sino incluso cierto suspense propio de novela policíaca, donde –con una precisión no exenta de genialidad– se van añadiendo todas las teselas del mosaico a fin de que lo que parecía un puñado de piedras coloreadas se transforme en una imagen completa y deslumbrante.

Nada teman los devotos vetero-católicos, a menos que estén atados, más que a la sustancia de la fe, a las formas caducas de una *pietas* burguesa más propia del XIX que realmente cristiana. El Jesucristo de Piero Coda no ha perdido nada de su divinidad, sigue siendo –y más que nunca– la segunda Persona de la tríada divina, camino, verdad y vida, y no teme ser el mayor de los taumaturgos (si bien, por fortuna, se distingue netamente de todo tipo de magos y de brujos). Pero no teman tampoco los apasionados del método crítico, del análisis textual, de los Evangelios sometidos a toda clase de criba y de prueba, tal como se hace con los poemas homéricos o con los dramas isabelinos. Piero Coda es joven, no solo en años, también en estudios y predilecciones. Ha leído, meditado y escogido atentamente no solo a los biblistas, historiadores, arqueólogos, mitólogos y estudiosos de religiones comparadas de la parte católica, sino también a los de la parte protestante y agnóstica y atea y materialista. Cuenta con los resultados de sus estudios y acepta o rechaza solo aquello que su conciencia de estudioso le obliga a rechazar o aceptar. Cosa no fácil para un católico de fe ardiente, y menos para un sacerdote. Pero Piero Coda lo consigue con un equilibrio intelectual y moral que no tiene nada de forzado y que da óptimos resultados. Quien lea este libro podrá saciar –al menos en parte, y con alimento fresco y genuino– esa persistente hambre de Jesús de la que hablaba al inicio.